

**VIERNES SANTO**  
**CELEBRACIÓN DE LA MUERTE DE CRISTO**

**2017**

*“Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado? A pesar de mis gritos mi oración  
no te alcanza ¿Por qué estás lejos  
de mi clamor y mis gemidos?”*

Estas son las primeras palabras del salmo 22 que el Señor pronuncia en la cruz como oración y súplica al Padre por sí mismo y por toda la humanidad herida por el pecado. Nos preguntamos por qué Jesús escoge entre tantos salmos este salmo que expresa la aflicción del pueblo de Israel. ¿Se desesperó Jesús en la cruz? Desde el punto de vista humano todo parece indicar que tanto su cuerpo como su propia psicología habían llegado a un punto límite de resistencia. ¿Qué puede esperar un hombre después de haber sido traicionado, negado, abandonado, abofeteado, condenado injustamente, vituperado, insultado, coronado de espinas, apaleado y por fin crucificado? Sólo le queda el auxilio de Dios y el consuelo de su bendita Madre la Virgen María que allí estaba al pie de la cruz.

Jesús asumió toda la realidad de la existencia humana, excepto el pecado. Por tanto también asumió la realidad de los hombres y mujeres que se sienten desesperados; pero él no cayó en la desesperación. Dice el teólogo Joseph Ratzinger, después Benedicto XVI, a propósito de este grito de Jesús en la Cruz: “No es un grito de abandono. Jesús recita el salmo del Israel afligido y asume de este modo en sí todo el tormento, no sólo de Israel, sino de todos los hombres que sufren en este mundo por el ocultamiento de Dios. Lleva ante el corazón de Dios mismo el grito de angustia del mundo atormentado por la ausencia de Dios. Se identifica con el Israel dolorido, con la humanidad que sufre a causa de la oscuridad de Dios, asume en sí su clamor, su tormento, todo su desamparo y, con ello, al mismo tiempo los transforma” (J. Ratzinger, Jesús de Nazaret, 2º parte, p.250).

Es el grito con el que claman los emigrantes y refugiados que han perdido todo a causa del hambre, de las guerras o del terrorismo y se ven obligados a pedir asilo o refugiarse en otros lugares.

Es el grito de los enfermos terminales y moribundos que sin fe se desesperan ante la muerte y piden acabar con la vida.

Es el grito de muchas madres embarazadas, abandonadas por los suyos, que no saben qué hacer con la criatura que llevan en su vientre.

Es el grito de tantas mujeres víctimas de la trata, de la violencia, de la explotación sexual y laboral, de la discriminación. Es el grito de las madres que pierden a sus hijos a temprana edad

Es el grito de tantos adolescentes y niños inocentes que no tienen padres y viven solos en la calle y son pasto de las mafias de la droga, la prostitución y la venta de órganos.

Es el grito de los jóvenes que no tienen futuro por las dificultades de encontrar un puesto de trabajo, de los que pierden su empleo, su casa, de los que rompen su vida familiar.

Es el grito de tantos transeúntes que vagan de un lado para otro mendigando una vida digna de un ser humano.

Es el grito de tantos empresarios que han tenido que cerrar sus empresas y despedir a los trabajadores después de haber hecho todo lo posible por salvarlas.

Es el grito de los encarcelados inocentes que penan por las culpas que no tienen.

Es el grito de desesperación de la humanidad cuando Dios desaparece de la mente y de la conciencia del hombre.

La experiencia de sufrimiento, de dolor, de pena y de angustia son experiencias que pueden avocar al hombre a dudar de la existencia de Dios. Y así quienes sufren las consecuencias del pecado y de la injusticia no comprenden por qué un Dios bueno permite el mal y el sufrimiento de los inocentes en el mundo.

Jesús grita con voz potente con la confianza de ser escuchado porque sigue rezando con las palabras del salmo 22

*“En ti confiaron nuestros padres:  
confiaron, y tú los libraste;  
clamaron a ti y fueron salvados,  
confiaron en ti y no quedaron defraudados”.*

La respuesta de Dios Padre la encontramos en el salmo 91 cuando dice: “Me invocará y lo escucharé, lo defenderé, lo glorificaré, lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación”. Efectivamente, la respuesta de Dios Padre a Jesús es la resurrección de entre los muertos. La respuesta de Dios al sufrimiento del hombre inocente es su misericordia que consuela al afligido. Nos dice el Papa Francisco en la Carta Apostólica Misericordia et misera La misericordia tiene también el rostro de la *consolación*. No nos dejemos robar nunca la esperanza que proviene de la fe en el Señor resucitado. Es cierto, a menudo pasamos por duras pruebas, pero jamás debe decaer la certeza de que el Señor nos ama. Su misericordia se expresa también en la cercanía, en el afecto y en el apoyo que muchos hermanos y hermanas nos ofrecen cuando sobrevienen los días de tristeza y aflicción. Enjugar las lágrimas es una acción concreta que rompe el círculo de la soledad en el que con frecuencia terminamos encerrados. Todos tenemos necesidad de consuelo, porque ninguno es inmune al sufrimiento, al dolor y a la incompreensión. Cuánto dolor puede causar una palabra rencorosa, fruto de la envidia, de los celos y de la rabia. Cuánto sufrimiento provoca la experiencia de la traición, de la violencia y del abandono; cuánta amargura ante la muerte de los seres queridos. Sin embargo, Dios nunca permanece distante cuando se viven estos dramas. Una palabra que da ánimo, un abrazo que te hace sentir comprendido, una caricia que hace percibir el amor, una oración que permite ser más fuerte..., son todas expresiones de la cercanía de Dios a través del consuelo ofrecido por los hermanos” (MM 13).

¡Qué hermosas palabras nos ofrece el Santo Padre para recordarnos que Dios nunca nos olvida ni siquiera en los momentos más duros. Dios siempre está a nuestro lado mostrándonos su misericordia entrañable, su amor hasta el extremo. Dios nos consuela con la esperanza de participar un día en la resurrección de su Hijo Jesucristo quien en los días de su vida terrenal a gritos y con lágrimas, preento oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y , aun siendo Hijo aprendió, sufriendo a obedecer. Y, llevado a la consumación se convirtió para todos los que lo obedecen en autor de salvación eterna” (Hb 5, 7-9).

Esta tarde nos quedamos junto a María que al lado de la cruz contemplaba con serenidad y dolor cómo sacrificaban a su Hijo siendo inocente. Ella fue consolada al ser entregada al discípulo amado y el discípulo amado fue consolado con la cercanía maternal de María. ¡Qué la madre de Jesús nos sostenga en la esperanza de la resurrección!

† Juan Antonio, obispo de Astorga